

LAS

B IENAVENTURANZAS

ARTHUR W. PINK

LAS

BIENAVENTURANZAS

A. W. PINK

Traducción: Cynthia Canales

Edición: Juan Terranova



Las bienaventuranzas

Copyright 2014 Lexham Español

Lexham Español, 1313 Commercial St., Bellingham, WA 98225

LexhamPress.com

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Las citas bíblicas son tomadas de la Biblia Reina Valera (RVR) 1960.

© Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Editor general: Guillermo Powell

Traducción: Cynthia Canales

Edición: Juan Terranova

Diseño gráfico: Christine Gerhart

Contenido

Introducción

1 La primera bienaventuranza

2 La segunda bienaventuranza

3 La tercera bienaventuranza

4 La cuarta bienaventuranza

5 La quinta bienaventuranza

6 La sexta bienaventuranza

7 La séptima bienaventuranza

8 La octava bienaventuranza

9 Conclusión: Las bienaventuranzas y Cristo

INTRODUCCIÓN

Hay una diversidad de opiniones en lo que se refiere al diseño, alcance y aplicación del sermón del monte. La mayoría de los comentaristas lo han visto como una exposición de la ética cristiana. Hombres como el conde Tolstoi lo han visto como el planteamiento de una “regla de oro” por la que todos los hombres deben vivir. Otros han hecho hincapié en su orientación dispensacionalista, insistiendo en que pertenece, no a los santos de la presente dispensación, sino a los creyentes de un futuro milenio. Sin embargo, dos declaraciones inspiradas revelan su verdadero alcance. En Mateo 5:1, 2, nos damos cuenta de que Jesús estaba aquí enseñándoles a sus discípulos. De Mateo 7:28, 29 queda claro que él también se dirigía a una gran multitud del pueblo. Por lo tanto, es evidente que este discurso de nuestro Señor contiene tanto instrucción para creyentes como para incrédulos por igual.

Hay que tener en cuenta que este sermón fue la primera declaración que Cristo hizo al público en general que había sido criado en un judaísmo defectuoso. Probablemente también fue su primer discurso a sus discípulos. Su diseño no consistía solo en enseñar la ética cristiana sino en exponer los errores del fariseísmo y despertar las conciencias de sus oidores legalistas. En Mateo 5:20 dijo: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. Después, al final del capítulo, expone la espiritualidad de la ley con el fin de despertar en los oidores la necesidad que ellos tenían de la propia justicia perfecta de Jesús. La verdadera causa del fariseísmo era la ignorancia de la espiritualidad de la ley, porque sus líderes afirmaban cumplir la ley, pero solo en lo *exterior*. Por lo tanto, el buen propósito que nuestro

Señor tenía era despertar sus conciencias al dar validez al verdadero significado interno de la ley y sus requisitos.

Hay que señalar que el sermón del monte se registra solo en el evangelio de Mateo. Las diferencias entre este y el sermón del llano de Lucas 6 son marcadas y numerosas. Mientras que es verdad que Mateo es el más judío de los cuatro evangelios, creemos que es un serio error *limitar* su aplicación a los judíos piadosos, ya sea del pasado o del futuro. El versículo de apertura del Evangelio, donde Cristo es presentado de una forma doble, nos debe advertir en contra de tal restricción. Ahí es presentado como el Hijo de David y el Hijo de Abraham, “el padre de *todos* los creyentes” (Romanos 4:11). Por lo tanto, estamos completamente seguros que este sermón expresa principios espirituales que prevalecen en todas las épocas y sobre esta base hemos de continuar.

La primera predicación de Jesucristo parece haber sido resumida en una frase corta pero crucial, como la de Juan el Bautista antes de él: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2; 4:17). En un estudio breve como este, no es posible desarrollar el tema tan interesante, el reino de los cielos —qué es y cuáles son los diferentes períodos de su desarrollo—, pero estas bienaventuranzas nos enseñan mucho acerca de los que *pertenecen* a ese reino y sobre los cuales Jesucristo pronunció sus formas más elevadas de bendición.

Jesucristo vino una vez en la carne y volverá nuevamente. Cada venida tiene un objetivo especial en relación con el reino de los cielos. La primera venida de nuestro Señor fue con el propósito de establecer un imperio entre los hombres y sobre los hombres, poniendo los fundamentos de ese imperio dentro de las almas de las personas. Su segunda venida tendrá el propósito de establecer ese imperio en la gloria. Por lo tanto, es de vital importancia que entendamos cuál es el carácter de los súbditos de ese reino para que podamos saber si

pertenecemos al reino y si sus privilegios, prerrogativas y recompensas futuras son parte de nuestra herencia presente y futura. De esta manera una persona puede comprender la importancia de un estudio sincero y cuidadoso de estas bienaventuranzas. Las debemos examinar como un todo; no podemos tomar una sola sin perder una parte de la lección que ellas enseñan en conjunto; estas bienaventuranzas forman *un* cuadro. Cuando un artista hace un cuadro, cada línea puede ser elegante y magistral pero es la unión de las líneas lo que revela su relación mutua; es la combinación de los diferentes trazos artísticos y toques mínimos lo que nos da el cuadro completo. Así que aquí, aunque cada aspecto por separado tiene su propia belleza y gracia peculiares y muestra la mano de un maestro, solo cuando tomamos todas las líneas en conjunto vemos todo el cuadro de lo que es un verdadero súbdito y ciudadano en el reino de Dios (parafraseando al Dr. A. T. Pierson).

La gran salvación de Dios es gratuita, “sin dinero y sin precio” (Isaías 55:1). Esta es una provisión muy misericordiosa de la gracia divina, porque si Dios pusiera la salvación a la venta ningún pobre pecador la podría asegurar al ver que no tiene *nada* con qué comprarla. Pero la gran mayoría es insensible a esto; sí, todos nosotros lo somos hasta que el Espíritu Santo abre nuestros ojos cegados por el pecado. Solo los que han pasado de muerte a vida se vuelven conscientes de su pobreza, toman el lugar de mendigos, están dichosos de recibir la caridad divina y comienzan a buscar las verdaderas riquezas. Por esta razón “a los *pobres* es anunciado el evangelio” (Mateo 11:5), ¡predicado no solo a sus oídos sino a sus corazones!

De esta manera, la pobreza en espíritu –la conciencia que una persona tiene de su vacío y necesidad– es resultado de la obra del Espíritu Santo dentro del corazón del hombre. Surge del doloroso

descubrimiento de que toda mi justicia es como trapo de inmundicia (Isaías 64:6). Lo que viene después es que soy despertado al hecho de que mis mejores desempeños son inaceptables (sí, una abominación) ante quien es tres veces santo. Así que una persona que es *pobre en espíritu* se da cuenta de que es un pecador que se merece el infierno.

La pobreza en espíritu se puede ver como el lado negativo de la fe. Es darse cuenta de esa absoluta falta de valor que viene antes de echar mano de Cristo por fe; espiritualmente, es comer de su carne y beber de su sangre (Juan 6:48–58). Es la obra del Espíritu vaciando el corazón del yo para que Cristo lo pueda llenar. Es un sentimiento de necesidad y destitución. Esta primera bienaventuranza es, entonces, esencial porque describe un rasgo fundamental que se encuentra en cada alma regenerada. El que es pobre en espíritu no es nada a sus propios ojos y siente que delante de Dios, su lugar correcto está en el polvo. Puede dejar ese lugar por medio de la falsa enseñanza o la mundanalidad, pero Dios sabe cómo traerlo de vuelta. Y en su fidelidad y amor él lo va a hacer porque el lugar de la humilde autodegradación delante de Dios es el lugar de bendición para sus hijos. El Señor Jesús revela en Mateo 11:29 cómo cultivar este espíritu que honra a Dios.

El que posee esta pobreza en espíritu es pronunciado *bendito*: porque ahora tiene una disposición que es justo lo contrario de lo que era suyo por naturaleza; porque posee la primera evidencia segura de que una obra divina de gracia se ha forjado dentro de él; porque tal espíritu lo hace buscar fuera de él mismo el verdadero enriquecimiento; porque es un heredero del reino de los cielos.

1

LA PRIMERA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.”

(Mateo 5:3)

En efecto, es una bendición mostrar la manera en la que comienza este sermón. Cristo no comenzó pronunciando maldiciones sobre los malvados sino pronunciando bendiciones sobre su pueblo. Cómo se parece esto a él, para quien el juicio es una extraña obra (Isaías 28:21, 22; cf. Juan 1:17). Pero qué rara es la siguiente palabra: “bienaventurados” o “dichosos” *los pobres* –“los pobres en Espíritu”. ¿Quién los había visto antes como los bienaventurados de la tierra? ¿Y quién, aparte de los creyentes, los ve así el día de hoy? Y cómo estas palabras de apertura dan en el blanco de la idea clave de toda la enseñanza posterior de Cristo: lo más importante no es lo que un hombre *hace* sino lo que *es*.

“Bienaventurados los pobres en espíritu”. ¿Qué es pobreza de espíritu? Es lo contrario a esa disposición altiva, engreída y autosuficiente que el mundo tanto admira y alaba. Es todo lo contrario a esa actitud independiente y jactanciosa que se niega a inclinarse ante Dios, que decide enfrentar las cosas y que dice junto con Faraón, “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?” (Éxodo 5:2). Ser *pobre en espíritu* es darse cuenta de que no tengo nada, que no soy nada, que no puedo hacer nada y que necesito todas las cosas. La pobreza de espíritu es evidente en una persona cuando es puesta en el polvo delante Dios para que reconozca su total impotencia. Esta es la primera evidencia experiencial de una obra divina de la gracia dentro del alma y corresponde al primer despertar del hijo pródigo en un país lejano cuando “comenzó a faltarle” (Lucas 15:14).

LA SEGUNDA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”

(Mateo 5:4)

Llorar es detestable y molesto para la pobre naturaleza humana. De un modo instintivo nuestros espíritus se encogen con el sufrimiento y la tristeza. Por naturaleza buscamos la compañía de los alegres y dichosos. Nuestro texto presenta una anomalía para los no regenerados, sin embargo, es música dulce para los oídos de los elegidos de Dios. ¿Si son “bienaventurados” entonces, por qué “lloran”? Si “lloran”, ¿cómo pueden ser “bienaventurados”? Solo el hijo de Dios tiene la clave para esta paradoja. Entre más meditamos en nuestro texto estamos más obligados a exclamar, “¡Ningún hombre habló como este Hombre!” “Bienaventurados [dichosos] son los que lloran” es un aforismo que está en completo desacuerdo con la lógica del mundo. Los hombres en todos los lugares y en todas las épocas han visto a los prósperos y dichosos como los que son felices, pero Cristo pronuncia dichosos a los que son *pobres* en espíritu y que *lloran*.

Ahora bien, es obvio que a lo que aquí se hace referencia no es a cualquier clase de llanto. Hay una “tristeza del mundo [que] produce muerte” (2 Corintios 7:10). El llanto para el que Cristo promete consolación se debe limitar a lo espiritual. El llanto que se bendice es el que se produce por darse cuenta de la santidad y bondad de Dios, que en un sentido emana de la depravación de nuestras naturalezas y de la enorme culpa de nuestra conducta. El llanto para el cual Cristo promete la consolación divina es una tristeza por nuestros pecados con un dolor piadoso.

Las ocho bienaventuranzas están ordenadas en cuatro pares. Vamos a probar esto a medida que avancemos. La primera de la serie es la bendición que Cristo pronunció sobre los que son pobres en espíritu, que nosotros tomamos como una descripción de los que han sido despertados a la conciencia de su propia insignificancia y vacío. Ahora bien, la transición de esta pobreza al llanto es fácil de seguir. De hecho, el llanto va tan cerca que en realidad es el compañero de la pobreza.

El llanto al que aquí se hace referencia es evidentemente más que el llanto del duelo, la aflicción o la pérdida. Es un *llanto por el pecado*.

Es el llanto por la sentida destitución de nuestro estado espiritual y por las iniquidades que nos separan de otros y de Dios; el llanto por la moralidad en la que nos hemos jactado y la justicia propia en la que hemos confiado; el dolor por la rebelión contra Dios y por la hostilidad hacia su voluntad; y ese llanto siempre va junto con la consciente pobreza de espíritu.

(Dr. Pierson)

Una ilustración y un ejemplo sorprendentes del espíritu sobre el cual el Salvador aquí pronunció su bendición se encuentra en Lucas 18:9–14. Ahí se presenta a nuestra consideración un vívido contraste. En primer lugar, se nos muestra a un fariseo que confiaba en sí mismo como justo alzando la vista a Dios y diciendo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano”. Puede que todo esto haya sido verdad del modo en que *él* lo veía, sin embargo, este hombre volvió a su casa en un estado de condenación. Sus vestidos finos eran trapos, sus ropas blancas estaban inmundas, aunque no lo sabía. Después se nos muestra al publicano que estaba lejos y que, en el lenguaje del salmista, estaba tan atribulado por sus iniquidades que no era capaz

de levantar la mirada (Salmos 40:12). No se atrevía a alzar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho. Consciente de la fuente de corrupción que había dentro de él, clamó: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Ese hombre volvió a su casa justificado porque era pobre en espíritu y lloró por su pecado.

Aquí, entonces, están las primeras marcas de nacimiento que tienen los hijos de Dios. El que nunca ha llegado a ser pobre en espíritu nunca ha sabido lo que es realmente llorar por el pecado, aunque pertenezca a una iglesia u ostente un cargo en ella, nunca ha visto ni ha entrado en el reino de Dios. ¡Qué agradecido debe estar el lector cristiano de que el gran Dios condescienda a morar en el corazón contrito y humillado! ¡Esta es la maravillosa promesa que Dios hizo incluso en el Antiguo Testamento (por él, a cuya vista los cielos no están limpios, que no puede encontrar un lugar adecuado para morar en ningún templo que el hombre haya construido para él, por muy magnífico que sea –véanse Isaías 57:15 y 66:2)!

“Bienaventurados los que lloran”. Aunque la referencia principal es a ese primer llanto comúnmente llamado *convicción de pecado*, de ninguna manera se tiene que limitar a eso. El llanto siempre es una característica del estado normal del cristiano. Hay mucho por lo que el creyente tiene que llorar. La ruina de su propio corazón lo hace llorar, “¡Miserable de mí!” (Romanos 7:24). La incredulidad que “nos asedia” (Hebreos 12:1) y los pecados que cometemos, que son más en número que los cabellos de nuestra cabeza, son un continuo dolor para nosotros. La esterilidad e inutilidad de nuestras vidas nos hace suspirar y llorar. Nuestra propensión a desviarnos de Cristo, nuestra falta de comunión con él y la superficialidad de nuestro amor por él hacen que colguemos nuestras arpas en los sauces. Pero hay muchas otras razones para llorar que atacan los corazones de los cristianos: la religión hipócrita circundante que tiene apariencia de piedad mientras

niega la eficacia de ella (2 Timoteo 3:5); el terrible deshonor que las falsas doctrinas, que se enseñan en incontables púlpitos, le hacen a la verdad de Dios; las divisiones entre el pueblo del Señor; y los conflictos entre los hermanos. La combinación de todo esto proporciona la ocasión para el continuo llanto del corazón. La espantosa maldad que hay en el mundo, el desprecio de Cristo y los indecibles sufrimientos humanos producen un gemido dentro de nosotros. Entre más cerca viva el cristiano de Dios, más va a llorar por todo lo que lo deshonra. Esta es la experiencia normal del verdadero pueblo de Dios (Salmos 119:53; Jeremías 13:17; 14:17, Ezequiel 9:4).

“Ellos recibirán consolación”. Con estas palabras Cristo se refiere principalmente a la eliminación de la culpa que carga la conciencia. Esto se logra cuando el Espíritu aplica el evangelio de la gracia de Dios a una persona a quien ha convencido de que tiene una desesperada necesidad de un Salvador. El resultado es un sentimiento de un perdón gratuito y pleno por medio de los méritos de la sangre expiatoria de Cristo. Esta consolación divina es “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7), que llena el corazón del que ahora está seguro de que es “acepto en el Amado” (Efesios 1:6). Dios hiere antes de sanar y humilla antes de exaltar. Primero revela su justicia y santidad y después da a conocer su misericordia y gracia.

Las palabras, “ellos recibirán consolación”, también tienen un cumplimiento constante en la experiencia del cristiano. Aunque llora por sus inexcusables fracasos y se los confiesa a Dios, aun así es consolado con la seguridad de que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, lo limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). Aunque gime por el deshonor que se le hace a Dios por todos lados, aun así es consolado por saber que rápidamente se está acercando el día cuando Satanás va

a ser echado al infierno para siempre y cuando los santos van a reinar con el Señor Jesús en “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13). Aunque el Señor muchas veces ponga sobre él su mano que disciplina y aunque “ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza” (Hebreos 12:11), aun así es consolado al darse cuenta que todo esto está obrando para él “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Corintios 4:17). Como el apóstol Pablo, el creyente que está en comunión con su Señor puede decir, “como entristecidos, mas siempre gozosos” (2 Corintios 6:10). A menudo se le puede llamar para que beba de las aguas amargas de Mara, pero Dios ha plantado cerca un árbol para que las endulce. Sí, los cristianos que *lloran* son consolados incluso el día de hoy por el divino Consolador; a través del servicio de sus siervos, por medio de palabras de aliento de los hermanos cristianos y, cuando estos no están disponibles, por las preciosas promesas de la Palabra, que el Espíritu les hace entender con poder a sus corazones del tesoro de sus recuerdos.

“Ellos recibirán consolación”. El mejor vino se reserva para el final. “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmos 30:5). Durante la larga noche de su ausencia, los creyentes han sido llamados a tener comunión con el que fue el varón de dolores. Pero está escrito, “Si padecemos juntamente con él... juntamente con él [seremos] glorificados” (Romanos 8:17). ¡Qué consuelo y alegría van a ser nuestros cuando la mañana amanezca sin nubes! Entonces “huirán la tristeza y el gemido” (Isaías 35:10). Entonces se van a cumplir las palabras de la gran voz celestial de Apocalipsis 21:3, 4: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de

ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”.

3

LA TERCERA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”
(Mateo 5:5)

Han existido grandes diferencias de opinión en cuanto al significado exacto de la palabra *manso*. Algunos consideran que su significado es paciencia, un espíritu de resignación; otros que es desinterés, un espíritu de abnegación; otros que es benignidad, un espíritu que no toma venganza, que soporta las aflicciones con tranquilidad. Sin duda hay cierto grado de verdad en cada una de estas definiciones. Sin embargo, al escritor le parece que difícilmente profundizan lo suficiente porque no toman en cuenta el *orden* de esta tercera bienaventuranza. En lo personal, definiremos mansedumbre como humildad. “Bienaventurados los mansos,” es decir, los humildes, los sencillos. Veamos si otros pasajes aclaran esto.

La primera vez que la palabra *manso* aparece en la Escritura es en Números 12:3. Aquí el Espíritu de Dios ha señalado un contraste con lo que está registrado en los versículos anteriores. Ahí leemos que Miriam y Aarón hablan contra Moisés: “¿*Solamente* por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también *por nosotros?*”. Tal lenguaje traicionó el orgullo y la altanería de sus corazones, su propia búsqueda y deseo del honor. Como la antítesis de esto leemos: “Y aquel varón Moisés era *muy manso*”. Esto quiere decir que estaba motivado por un espíritu totalmente contrario al espíritu de su hermano y de su hermana.

Moisés era humilde, sencillo y abnegado. Esto se registra en Hebreos 11:24–26 para nuestra admiración e instrucción. Moisés le dio la espalda a los honores mundanales y a las riquezas terrenales, escogió a propósito la vida de un peregrino por encima de la de un

cortesano. Eligió el desierto sobre el palacio. La humildad de Moisés se ve otra vez cuando Jehová se le apareció por primera vez en Madián y lo comisionó para que sacara a su pueblo de Egipto. “¿Quién soy yo,” dijo, “para que vaya [yo] a Faraón, y [yo] saque de Egipto a los hijos de Israel?” (Éxodo 3:11). ¡Qué sencillez comunican estas palabras! Sí, Moisés era *muy manso*.

Otros textos de la Escritura confirman, y parece que necesitan, la definición que se sugirió antes: “Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera” (Salmos 25:9). ¿Qué puede significar esto sino que Dios promete aconsejar e instruir a los humildes y de *corazón sencillo*? “He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna” (Mateo 21:5). Aquí está encarnada la humildad y la sencillez. “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1). ¿No está claro que esto significa que se necesita un espíritu de *humildad* en aquel a quien Dios va a usar para restaurar a un hermano que se ha descarriado? Tenemos que aprender de Cristo, que fue “manso y humilde de corazón”. El último término explica el primero. Notemos que otra vez están unidos en Efesios 4:2, donde el orden es “humildad y mansedumbre”. Aquí el orden está, a propósito, al revés que en Mateo 11:29. Esto nos demuestra que son sinónimos.

Después de haber buscado establecer que la mansedumbre, en las *Escrituras*, quiere decir *humildad y sencillez*, observemos ahora cómo esto queda confirmado por el contexto y después esforcémonos por determinar la manera en que tal mansedumbre encuentra su expresión. Constantemente se debe tener en cuenta que en estas bienaventuranzas nuestro Señor está describiendo el orden del proceso de la obra de gracia de Dios de la manera en que

empíricamente se lleva a cabo en el alma. Primero, hay pobreza de espíritu: un sentimiento de insuficiencia e insignificancia. Después, hay llanto por mi condición perdida y aflicción por lo terrible de mis pecados contra Dios. Después de esto, en el orden de la experiencia espiritual, se encuentra la humildad del alma.

Aquel en quien el Espíritu de Dios ha obrado, al producir un sentimiento de insignificancia y de necesidad es ahora convertido en polvo delante de Dios. Hablando como alguien a quien Dios usó en el ministerio del evangelio, el apóstol Pablo dijo: “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:4, 5). Las *armas* que los apóstoles usaron fueron las verdades de la Escritura que escudriñan, condenan y humillan. Estas, cuando el Espíritu las aplicó de manera efectiva, fueron poderosas para la destrucción de fortalezas, es decir, de los poderosos prejuicios y defensas farisaicas dentro de los cuales los hombres pecadores se refugiaron. Los resultados son los mismos el día de hoy: *imaginaciones* o razonamientos orgullosos –la enemistad de la mente carnal y la oposición de la mente recién regenerada en relación a la salvación son ahora llevadas cautivas a la obediencia a Cristo.

Por naturaleza, todos los pecadores son farisaicos porque desean ser justificados por las obras de la Ley. Por naturaleza, todos heredamos de nuestros primeros padres la tendencia de confeccionarnos una cubierta para esconder nuestra vergüenza. Por naturaleza, todos los miembros de la raza humana caminan por el camino de Caín, que buscó encontrar la aceptación de Dios sobre la base de una ofrenda producida por su propio trabajo. En una palabra, deseamos obtener una posición delante de Dios sobre la base del

mérito personal; queremos comprar la salvación con nuestras buenas obras; estamos ansiosos por ganar el cielo debido a nuestras propias acciones. El camino de la salvación de Dios es demasiado humillante como para agradar a la mente carnal, porque quita todo motivo para *jactarse*. Por lo tanto, es inaceptable al corazón orgulloso de los no regenerados.

El hombre quiere participar en su salvación. Que se le diga que Dios no va a recibir nada de él, que la salvación es solo un asunto de la misericordia divina, que la vida eterna es solo para los que vienen con las manos vacías a recibirla solamente como una cuestión de *caridad*, es ofensivo al religioso farisaico. Pero no es así para el que es pobre en espíritu y que llora por su estado vil y miserable. La palabra *misericordia* es música a sus oídos. La vida eterna como el regalo gratuito de Dios va bien con su condición afligida por la pobreza. ¡La gracia –el favor soberano de Dios a los que se merecen el infierno– es justo lo que siente que debe tener! Tal persona ya no tiene ningún pensamiento de justificarse a sí mismo a sus propios ojos; todas sus objeciones altaneras contra la benevolencia de Dios son ahora silenciadas. Está contento de reconocerse como un mendigo e inclinarse en el polvo delante de Dios. Una vez, como Naamán, se rebeló contra los términos humillantes que el siervo de Dios le anunció; pero ahora, como Naamán al final, está contento de bajarse de su carruaje de orgullo y tomar su lugar en el polvo delante del Señor.

Cuando Naamán se inclinó ante la humilde palabra del siervo de Dios fue curado de su lepra. De la misma manera, cuando el pecador reconoce su insignificancia, se le muestra el favor divino. Esa persona recibe la bendición divina: “*Bienaventurados los mansos*”. Hablando de forma anticipada por medio de Isaías, el Salvador dijo, “El Espíritu de Jehová... me ungió... [y] me ha enviado a predicar buenas nuevas

a los abatidos” (Isaías 61:1). Y una vez más está escrito, “Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo; hermoseará a los humildes con la salvación” (Salmos 149:4).

Mientras que la aplicación principal de la tercera bienaventuranza es la humildad del alma que se inclina ante el camino de la salvación de Dios, no se debe limitar a eso. La *mansedumbre* también es un aspecto intrínseco del “fruto del Espíritu” que se forja en el cristiano y se produce por medio de él (Gálatas 5:22, 23). Es esa cualidad del espíritu que se encuentra en quien ha sido instruido en la benignidad por la disciplina y el sufrimiento y que ha sido llevado a la dulce resignación de la voluntad de Dios. Cuando se pone en práctica, esa gracia en el creyente lo hace soportar con paciencia los insultos y los agravios, hace que esté listo para que el menos eminente de los santos lo instruya y amoneste, lo lleva a estimar a los demás como superiores a él mismo (Filipenses 2:3) y lo enseña a atribuir todo lo que es bueno en él a la gracia soberana de Dios.

Por otro lado, la verdadera *mansedumbre* no es una debilidad. Una prueba impactante de esto se da en Hechos 16:35–37. Los apóstoles han sido injustamente golpeados y echados en la cárcel. Al día siguiente, los magistrados dieron órdenes para que fueran liberados, pero Pablo les dijo a sus oficiales: “Vengan ellos mismos a sacarnos”. La mansedumbre que Dios da se puede mantener firme por los derechos que Dios da. Cuando uno de los oficiales golpeó a nuestro Señor, él contestó: “Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?” (Juan 18:23).

El espíritu de mansedumbre fue perfectamente ejemplificado por el Señor Jesucristo que fue “manso y humilde de corazón”. En su pueblo este bendito espíritu fluctúa, muchas veces eclipsado por los levantamientos de la carne. De Moisés se dijo, “Porque hicieron rebelar a su espíritu, y habló precipitadamente con sus labios”

(Salmos 106:33). Ezequiel dice de él mismo: “Me levantó, pues, el Espíritu, y me tomó; y fui en amargura, en la indignación de mi espíritu, pero la mano de Jehová era fuerte sobre mí” (Ezequiel 3:14). De Jonás, después de su milagrosa liberación, leemos: “Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó” (Jonás 4:1). Incluso el humilde Bernabé se separó de Pablo con un estado de ánimo amargado (Hechos 15:37–39). ¡Qué advertencias son estas! ¡Cuánto tenemos que aprender de Cristo!

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”. Nuestro Señor se estaba refiriendo a Salmos 37:11 y lo estaba aplicando. Parece que la promesa tiene tanto un significado literal como espiritual: “Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz”. Los *mansos* son los que más disfrutan las cosas buenas de la vida presente. Liberados de un espíritu codicioso y aprehensivo, están contentos con las cosas que tienen. “Mejor es lo poco del justo, que las riquezas de muchos pecadores” (Salmos 37:16). El contentamiento de la mente es uno de los frutos de la mansedumbre del espíritu. Los orgullosos y descontentos no “heredarán la tierra”, aunque puedan poseer muchas hectáreas aquí. El cristiano humilde tiene mucho más contentamiento con una cabaña que el malvado con un palacio. “Mejor es lo poco con el temor de Jehová, que el gran tesoro donde hay turbación” (Proverbios 15:16).

“Los mansos recibirán la tierra por heredad”. Como hemos dicho, esta tercera bienaventuranza es una referencia a Salmos 37:11. Muy probablemente el Señor Jesús estaba usando el lenguaje del Antiguo Testamento para expresar una verdad del Nuevo Pacto. La *carne y sangre* de Juan 6:50–58 y el *agua* de Juan 3:5 tienen, para los regenerados, un significado *espiritual*; lo mismo pasa aquí con la palabra *tierra* o *terreno*. Tanto en hebreo como en griego, los términos principales que se traducen con nuestras palabras *tierra* y *terreno* se

pueden traducir ya sea literal o espiritualmente, dependiendo del contexto.

Sus palabras, entendidas literalmente, son, “ellos recibirán el terreno por heredad”, por ejemplo: Canaán, “la tierra prometida”. Él habla de las bendiciones de la nueva economía en el lenguaje de la profecía del Antiguo Testamento. Israel según la carne (el pueblo externo de Dios bajo la antigua economía) era una figura de Israel según el espíritu (el pueblo espiritual de Dios bajo la nueva economía) y Canaán, la herencia [terrenal] del primero es el tipo de ese conjunto de bendiciones celestiales y espirituales que forman la herencia del último. “Heredar la tierra” es disfrutar las bendiciones características del pueblo de Dios bajo la nueva economía; es volverse herederos del mundo, herederos de Dios y coherederos con Cristo (Romanos 8:17). Es ser “[bendecidos] con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3), gozar esa paz y descanso verdaderos de los cuales Israel en Canaán era una figura.

(Dr. John Brown)

Sin duda también hace referencia al hecho de que los mansos, al fin de cuentas, van a heredar la “tierra nueva, [en la cual] mora la justicia” (2 Pedro 3:13).

LA CUARTA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.”

(Mateo 5:6)

En las primeras tres bienaventuranzas somos llamados a ser testigos de los ejercicios del corazón de una persona que ha sido despertada por el Espíritu de Dios. En primer lugar, hay un sentimiento de necesidad, me doy cuenta de mi insignificancia y vacío. En segundo lugar, hay un juicio del yo, tengo conciencia de mi culpa y pesar por mi condición perdida. En tercer lugar, ya no busco justificarme ante Dios, abandono todas las pretensiones del mérito personal y tomo mi lugar en el polvo ante Dios. Aquí, en la cuarta bienaventuranza, el ojo del alma se aparta del yo hacia Dios por una razón muy especial: hay un anhelo por la justicia que necesito urgentemente pero sé que no poseo.

Ha habido mucha discusión innecesaria en cuanto a la importancia precisa de la palabra *justicia* en nuestro presente texto. La mejor manera de averiguar su importancia es regresar a las Escrituras del Antiguo Testamento en donde este término se usa, y después hacer brillar sobre ellas la luz más brillante que nos dan las epístolas del Nuevo Testamento.

“Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la *justicia*; ábrase la tierra, y prodúzcanse la *salvación* y la *justicia*; háganse brotar juntamente. Yo Jehová lo he creado” (Isaías 45:8). La primera mitad de este versículo se refiere, en un lenguaje figurado, a la venida de Cristo a esta tierra; la segunda mitad a su resurrección, cuando fue “resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). “Oídme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia: Haré que se acerque

mi *justicia*; no se alejará, y mi *salvación* no se detendrá. Y pondré salvación en Sion, y mi gloria en Israel” (Isaías 46:12, 13). “Cercana está mi *justicia*, ha salido mi *salvación*, y mis brazos juzgarán a los pueblos; a mí me esperan los de la costa, y en mi brazo ponen su esperanza” (Isaías 51:5). “Así dijo Jehová: Guardad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi *salvación* para venir, y mi *justicia* para manifestarse” (Isaías 56:1). “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de *salvación*, me rodeó de manto de *justicia*” (Isaías 61:10a). Estos pasajes aclaran que la *justicia* de Dios es sinónimo de la *salvación* de Dios.

Las Escrituras antes citadas se revelan en la Epístola de Pablo a los Romanos, donde el evangelio recibe su más plena exposición. En Romanos 1:16, 17a, Pablo dice, “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para *salvación* a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la *justicia* de Dios se revela por fe y para fe”. En Romanos 3:22–24 leemos, “la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”. En Romanos 5:19 se hace esta bendita declaración: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron [legalmente] constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán [legalmente] constituidos justos”. En Romanos 10:4 aprendemos que “el fin de la ley es Cristo, *para justicia* a todo aquel que cree”.

El pecador está destituido de la justicia, porque “no hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Por lo tanto, Dios ha provisto en Cristo una *justicia perfecta* para todos y cada uno de los de su pueblo. Esta

justicia, este cumplimiento de todas las demandas de la santa ley de Dios en contra de nosotros, fue ideada por nuestro Sustituto y Fiador. Esta justicia es ahora *imputada* (es decir, legalmente acreditada a la cuenta de) al pecador creyente. Así como todos los pecados del pueblo de Dios son transferidos a Cristo, así su justicia es colocada sobre ellos (2 Corintios 5:21). Estas pocas palabras son un breve resumen de lo que enseña la Escritura sobre este tema vital y bendito de la justicia perfecta que Dios demanda de nosotros y que es nuestra por la fe en el Señor Jesucristo.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. El hambre y la sed expresan un deseo vehemente del cual el alma está sumamente consciente. En primer lugar, el Espíritu Santo pone delante del corazón los requisitos santos de Dios. Él nos revela su estándar perfecto que nunca puede bajar. Nos recuerda “que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 5:20). En segundo lugar, el alma temblorosa, que es consciente de su propia pobreza deplorable y que se da cuenta de su total incapacidad para estar a la altura de los requisitos de Dios, no ve ninguna ayuda en ella. Este doloroso descubrimiento la hace llorar y gemir. ¿Has hecho esto *tú*? En tercer lugar, el Espíritu Santo crea, entonces, en el corazón una profunda “hambre y sed” que hace que el pecador convicto busque alivio y una provisión *fuera* de él. Después, el creyente dirige su vista a Cristo, quien es “JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jeremías 23:6).

Como las anteriores, esta cuarta bienaventuranza describe una experiencia doble. Obviamente se refiere a la primera hambre y la primera sed que ocurren antes de que un pecador se vuelva a Cristo por fe. Pero también se refiere al anhelo continuo que se perpetúa, hasta el día de su muerte, en el corazón de cada pecador que ha sido salvado. Repetidos ejercicios de esta gracia se sienten en diversos

intervalos. La persona que anheló ser salvada *por* Cristo, ahora añora ser hecha *como* él. Vistas en su aspecto más amplio, esta hambre y esta sed se refieren a un grito ahogado del corazón que ha sido renovado por Dios (Salmos 42:1), un anhelo de caminar más cerca de él y un deseo de ser conformados más perfectamente a la imagen de su Hijo. Nos habla de esas aspiraciones que la nueva naturaleza tiene por la bendición divina, que por sí solas pueden fortalecer, sostener y satisfacer.

Nuestro texto presenta tal paradoja que es evidente que ninguna mente carnal la inventó. ¿Puede alguien, que ha sido llevado a una unión vital con Aquel que es el Pan de Vida y en quien mora toda la plenitud, ser hallado *todavía* hambriento y sediento? Sí, esta es la experiencia del corazón renovado. Distingue con cuidado el tiempo del verbo; no es “Bienaventurados los que *han tenido* hambre y sed”, sino, “Bienaventurados *los que tienen* hambre y sed”. ¿Tienes hambre y sed, querido lector? ¿O estás *contento* con tus logros y satisfecho con tu condición? Tener hambre y sed de justicia siempre ha sido la experiencia de los verdaderos santos de Dios (Filipenses 3:8–14).

“Porque ellos serán saciados”. Como la primera parte de nuestro texto, esto también tiene un doble cumplimiento, tanto inicial como continuo. Cuando Dios crea hambre y sed en el alma, es porque *él* las puede satisfacer. Cuando al pobre pecador se le hace sentir su necesidad de Cristo, es con el fin de que pueda ser atraído a Cristo y llevado a abrazarlo como su única justicia delante de un Dios santo. Se deleita en confesar a Cristo como su justicia recién encontrada y glorificarlo solo a él (1 Corintios 1:30, 31). Esa persona, a quien Dios ahora llama un “santo” (1 Corintios 1:2; 2 Corintios 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1), debe experimentar una llenura que continúe: no con vino, lo que es un exceso, sino con el espíritu (Efesios 5:18). Debe ser *lleno* con la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses

4:7). Nosotros, que confiamos en la justicia de Cristo, vamos un día a ser *llenos* con la bendición divina sin ninguna mezcla de tristeza; vamos a ser *llenos* con alabanza y acción de gracias a él, que produjo en nosotros cada obra de amor y obediencia (Filipenses 2:12, 13) como el fruto visible de su obra salvadora en y por nosotros. En este mundo, “a los hambrientos colmó de bienes” (Lucas 1:53) que este mundo no puede dar ni tampoco puede retener de los que “buscan a Jehová” (Salmos 34:10). Él concede tal bondad y misericordia sobre nosotros que somos las ovejas de su prado, y nuestras copas rebozan (Salmos 23:5, 6). Sin embargo, todo lo que al presente disfrutamos no es sino un mero anticipo de todo lo que nuestro “Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9). En el estado eterno, vamos a ser *llenos* con la perfecta santidad porque “seremos semejantes a él” (1 Juan 3:2). Entonces habremos acabado con el pecado para siempre. Entonces “*ya no tendremos hambre y ya no tendremos sed*”.

LA QUINTA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”

(Mateo 5:7)

En las primeras cuatro bienaventuranzas, que ya hemos estudiado, observamos una progresión definida del despertar espiritual y de la transformación como una de las ideas claves de la enseñanza de nuestro Señor. En primer lugar, descubro el hecho de que no soy nada, no tengo nada y no puedo hacer nada –pobreza en espíritu. En segundo lugar, tengo una convicción de pecado, una conciencia de la culpa que produce una tristeza piadosa –el llanto. En tercer lugar, renuncio a la confianza en mí mismo y tomo mi lugar en el polvo delante de Dios –la mansedumbre. En cuarto lugar, tengo un anhelo intenso por Cristo y su salvación –hambre y sed de justicia. Pero, en un sentido, todo esto es únicamente *negativo*, porque es la percepción que el pecador creyente tiene de lo que es defectuoso en él mismo y de la nostalgia que siente por lo que es deseable. En las siguientes cuatro bienaventuranzas llegamos a la manifestación del *bien positivo* en el creyente, los frutos de una nueva creación y las bendiciones de un carácter transformado. ¡De qué manera esto nos muestra, una vez más, la importancia de darnos cuenta del orden en que se nos presenta la verdad de Dios!

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. ¡De qué forma tan grotesca los traficantes de méritos han pervertido este texto! Los que insisten en que la Biblia enseña la salvación por obras apelan a este versículo para apoyar su pernicioso error. Pero nada podría debilitar más su propósito. El propósito de nuestro Señor no es plantear el fundamento sobre el cual la esperanza

de misericordia del pecador, por parte de Dios, deba descansar, sino más bien es describir el carácter de sus discípulos genuinos. La *misericordia* es un rasgo destacado en este carácter. De acuerdo con la enseñanza de nuestro Señor, la misericordia es una característica esencial de ese carácter santo al que Dios ha conectado de manera inseparable el gozo de su propia bondad soberana. Por lo tanto, no hay nada en este versículo que favorezca las enseñanzas erróneas del catolicismo romano.

La posición que ocupa esta bienaventuranza en su contexto es otra clave para su interpretación. Las primeras cuatro describen los primeros ejercicios del corazón de una persona que ha sido despertada por el Espíritu Santo. En el versículo anterior, el alma tiene hambre y sed de Cristo y entonces él la llena. Aquí se nos muestran los primeros efectos y evidencias de esa llenura. Habiendo obtenido la misericordia del Señor, el pecador salvado ahora ejercita la misericordia. No es que Dios nos exija ser misericordiosos para que tengamos derecho a su misericordia, ¡porque eso echaría por tierra todo el esquema de la gracia divina! Pero habiendo sido el receptor de su maravillosa misericordia, ahora no puedo dejar de actuar con misericordia hacia los demás.

¿Qué es la *misericordia*? Se trata de una disposición compasiva hacia mis semejantes y hermanos cristianos. Es esa bondad y benevolencia que siente las miserias de los demás. Es un espíritu que ve con compasión los sufrimientos de los afligidos. Es esa gracia que hace que una persona trate con benevolencia al ofensor y desprecie tomar venganza.

Es el espíritu perdonador; es el espíritu que no se venga; es el espíritu que desiste de todo intento de autovindicación y que no devuelve herida por herida sino bien en lugar de mal y amor en lugar de odio. Eso es misericordia. Cuando el alma perdonada recibe la

misericordia, *esa* alma llega a apreciar la belleza de la misericordia y ahora poner en práctica hacia otros ofensores la gracia similar a la que se pone en práctica con ella.

(Dr. A. T. Pierson)

La fuente de este temperamento misericordioso no se debe atribuir a nada en nuestra naturaleza humana caída. Es verdad que hay algunos que no hacen ninguna profesión de ser cristianos y en quienes muchas veces vemos no poca bondad de temperamento, simpatía por el sufrimiento y una buena disposición para perdonar a los que los han agraviado. Por admirable que esto pueda ser, desde un punto de vista puramente humano, esto está muy por debajo de esa misericordia sobre la cual Cristo pronunció aquí su bendición. La amabilidad de la carne no tiene valor espiritual porque sus movimientos no están ni regidos por las Escrituras ni son puestos en práctica haciendo referencia a la autoridad divina. La misericordia de esta quinta bienaventuranza es lo que sale de forma espontánea de un corazón que está cautivado por, y enamorado de, la misericordia de Dios.

La misericordia de nuestro texto es producto de la nueva naturaleza que el Espíritu Santo ha implantado en el hijo de Dios. Se pone en práctica cuando contemplamos la maravillosa gracia, piedad y paciencia que Dios tiene hacia miserables indignos como nosotros. Entre más medito en la misericordia soberana que Dios me tiene, más voy a pensar en el fuego inextinguible del que he sido librado por medio de los sufrimientos del Señor Jesús. Entre más consciente estoy de mi deuda con la gracia divina, más misericordiosamente voy a actuar hacia los que me agravian, me hieren y me odian.

La misericordia es uno de los atributos de la naturaleza espiritual que una persona recibe con el nuevo nacimiento. La misericordia en el hijo de Dios no es sino un reflejo de la abundante misericordia que se encuentra en su Padre celestial. La misericordia es una de las

consecuencias naturales y necesarias de un Cristo misericordioso morando en nosotros. No siempre se puede poner en práctica; algunas veces puede ser sofocada o confrontada por los apetitos de la carne. Pero cuando el tenor general del carácter de un cristiano y la tendencia principal de su vida se toman en cuenta, queda claro que la misericordia es un rasgo inequívoco del nuevo hombre. “El impío toma prestado, y no paga; mas el justo tiene misericordia, y da” (Salmos 37:21). Fue la *misericordia* en Abraham, después de que su sobrino lo había agraviado, la que lo hizo buscar y asegurar la liberación de Lot (Génesis 14:1–16). Fue la *misericordia* de José, después de que sus hermanos lo habían maltratado tan lamentablemente, la que hizo que los perdonara sin limitaciones (Génesis 50:15–21). Fue la *misericordia* en Moisés, después de que Miriam se había rebelado contra él y el Señor la había herido con la lepra, la que lo llevó a clamar, “Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora” (Números 12:13). Fue la *misericordia* la que hizo que David le perdonara la vida a su enemigo Saúl cuando ese malvado rey estuvo en sus manos (1 Samuel 24:1–22; 26:1–25). En un contraste triste y sorprendente, de Judas se dijo que “no se acordó de hacer misericordia, y persiguió al hombre afligido y menesteroso” (Salmos 109:16).

En Romanos 12:8 el apóstol Pablo da instrucciones valiosas en relación *al espíritu* en el que la misericordia se debe practicar: “El que hace misericordia” lo debe hacer “con *alegría*”. La referencia directa aquí es a dar dinero para el sostenimiento de los hermanos pobres, pero este principio amoroso realmente se aplica a *toda* la compasión que se muestra a los afligidos. La misericordia se debe practicar con alegría para demostrar que no solo se hace voluntariamente sino que también es un placer. Tiene piedad de los sentimientos de la persona a la que ayuda y alivia las penas del que sufre. Esta cualidad de la

alegría es lo que le da mucho valor al servicio que se presta. La palabra en griego es muy expresiva, denota un entusiasmo gozoso, una afabilidad jubilosa que hace que el visitante sea como un rayo de sol que calienta el corazón de los afligidos. Ya que la Escritura nos dice que “Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7), podemos estar seguros de que el Señor toma nota del espíritu en el que respondemos a sus amonestaciones.

“Porque ellos alcanzarán misericordia”. Estas palabras expresan un principio o ley que Dios ha decretado en su gobierno sobre nuestras vidas aquí en la tierra. Se resume en esas palabras bien conocidas: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7b). El cristiano que es misericordioso en su trato con los demás va a recibir un trato misericordioso de parte de sus compañeros; porque “con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mateo 7:2). Por lo tanto está escrito, “El que sigue la justicia y la misericordia hallará la vida, la justicia y la honra” (Proverbios 21:21). El que muestra misericordia a los demás gana personalmente con ello: “A su alma hace bien el hombre misericordioso” (Proverbios 11:17a). Hay una satisfacción interna en el ejercicio de la benevolencia y la piedad con la que la mayor gratificación del hombre egoísta no se compara. “Mas el que tiene misericordia de los pobres es *bienaventurado*” (Proverbios 14:21b). El ejercicio de la misericordia es una fuente de satisfacción para Dios mismo: “se *deleita* en misericordia” (Miqueas 7:18). Así debe ser para nosotros.

“Porque ellos alcanzarán misericordia”. El cristiano misericordioso no solo gana con la alegría que se acumula en su propia alma por medio del ejercicio de esta gracia, no solo el Señor, en su providencia predominante, va a hacer que su misericordia regrese otra vez a él por mano de sus semejantes, sino que el cristiano

también va a obtener misericordia *de Dios*. David declaró esta verdad: “Con el misericordioso te mostrarás misericordioso” (Salmos 18:25a). Por otro lado, el Salvador amonestó a sus discípulos con estas palabras: “Mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:15).

“Porque ellos alcanzarán misericordia”. Como las promesas que se confieren a las bienaventuranzas anteriores, esta también mira hacia el futuro para su cumplimiento final. En 2 Timoteo 1:16, 18, encontramos al apóstol Pablo escribiendo, “Tenga el Señor misericordia de la casa de Onesíforo... Concédale el Señor que halle misericordia cerca del Señor *en aquel día*”. En Judas 21, los santos también son exhortados a estar “esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo” –esto se refiere al reconocimiento definitivo que hace de nosotros como su propio pueblo redimido en su segunda venida en gloria.

6

LA SEXTA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.”
(Mateo 5:8)

Esta es otra de las bienaventuranzas que los enemigos del Señor han pervertido de una manera grotesca, enemigos que, como sus predecesores los fariseos, han asumido la postura de campeones de la verdad y se han jactado de una santidad superior a la que el verdadero pueblo de Dios se atrevería a reclamar. A lo largo de toda la era cristiana, también ha habido pobres almas engañadas que han proclamado una completa purificación del viejo hombre. Otros han insistido en que Dios los ha renovado de una manera tan completa que la naturaleza carnal ha sido erradicada, de modo que ellos no solo no cometen pecados sino que no tienen deseos o pensamientos pecaminosos. Pero el apóstol Juan, inspirado por el Espíritu, afirma: “Si decimos que no *tenemos* [tiempo presente] pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8). Por supuesto, tales personas apelan a las Escrituras para apoyar su vano engaño, aplicando a la *experiencia* los versículos que describen los beneficios *legales* de la expiación. Las palabras “y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7) no quieren decir que nuestros corazones hayan sido lavados de todo rastro de las impurezas corruptoras del mal, sino que principalmente enseñan que el sacrificio de Cristo ha hecho uso de la transferencia judicial de los pecados. Cuando el apóstol Pablo, al describir al hombre que es una nueva criatura en Cristo, dice que “las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17), está hablando de la nueva disposición del *corazón* del cristiano, que es

completamente diferente a su disposición interna antes de la obra de regeneración del Espíritu Santo.

Queda claro, gracias al registro inspirado de la historia de los santos de Dios, que *pureza de corazón* no quiere decir que en la vida no haya pecado. Noé se emborrachó; Abraham se expresó en forma deliberadamente ambigua y evasiva para confundir u ocultar información; Moisés desobedeció a Dios; Job maldijo el día de su nacimiento; Elías huyó aterrorizado de Jezabel; Pedro negó a Cristo. “¡Sí!”, a lo mejor alguien podría exclamar, “¡pero todas estas cosas acontecieron antes de que se estableciera el cristianismo!”. Cierto, pero también ha sido lo mismo desde entonces. ¿Dónde vamos a encontrar un cristiano con logros superiores a los del apóstol Pablo? ¿Y cuál fue su experiencia? Lee Romanos 7 y verás. Cuando iba a hacer el bien, el mal estaba presente en él (v. 21). Había una ley en sus miembros, luchando contra la ley de su mente, y llevándolo cautivo a la ley del pecado que estaba en sus miembros (v. 23). Él, con la mente, servía a la ley de Dios; sin embargo, con la carne servía a la ley del pecado (v. 25). La verdad es que una de las evidencias más concluyentes de que nosotros *sí* poseemos un corazón puro es el descubrimiento y la conciencia de la *impureza* remanente que sigue invadiendo nuestros corazones. Pero acerquémonos más a nuestro texto.

“Bienaventurados los de limpio corazón”. Al buscar una interpretación para cualquier parte de este sermón del monte, lo primero que hay que tener en mente es que a los que nuestro Señor se estaba dirigiendo se habían criado en el judaísmo. Como dijo alguien que fue profundamente enseñado por el Espíritu, No puedo dejar de pensar que nuestro Señor, al usar los términos que están delante de nosotros, hizo una referencia tácita a ese carácter de santidad o pureza externas que pertenecían al pueblo judío y a ese privilegio del trato

con Dios que estaba relacionado con ese carácter. Eran un pueblo que estaba separado de las naciones contaminadas con la idolatría; apartado como santo para Jehová; y, como un pueblo santo, se les permitía acercarse a su Dios, el único Dios vivo y verdadero, según las ordenanzas de su adoración. Al poseer este carácter, y con el gozo de este privilegio, el pueblo judío fue indulgente consigo mismo.

Un carácter más elevado, sin embargo, y un privilegio más alto pertenecen a los que deben ser los súbditos del reino del Mesías. No solo serán santos en lo externo sino “limpios de corazón”; y no solo se les permitirá acercarse al lugar santo, donde mora el honor de Dios, sino que “verán a Dios”, serán llevados a un trato más íntimo con él. Visto así, como una descripción del carácter espiritual y los privilegios de los súbditos del Mesías, en contraste con el carácter externo y los privilegios del pueblo judío, el pasaje que está delante de nosotros está lleno de la verdad más importante y cautivadora.

(Dr. John Brown)

“Bienaventurados los de limpio corazón”. La opinión está dividida en cuanto a si estas palabras de Cristo se refieren al *nuevo corazón* que se recibe con la regeneración o a esa *transformación* moral *del carácter* que resulta de la obra divina de la gracia que se ha hecho en el alma. Probablemente ambos aspectos de la verdad se combinan aquí. En vista del lugar avanzado que esta bienaventuranza ocupa en esta serie, parecería que la limpieza de corazón sobre la cual nuestro Salvador pronunció su bendición es esa limpieza interna que acompaña y sigue al nuevo nacimiento. De esta manera, por cuanto no existe una limpieza interior en el hombre natural, esa limpieza que Cristo le atribuye al hombre piadoso debe ser rastreada a sus inicios, a la obra soberana de regeneración del Espíritu.

El salmista dijo: “He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría” (Salmos 51:6). ¡Esta

limpieza espiritual que Dios exige va mucho más allá de las meras renovaciones y reformas externas que comprenden una gran parte de los esfuerzos que ahora se plantean en la cristiandad! Mucho de lo que vemos alrededor de nosotros es una religión *práctica* –buscar la salvación por obras– o una religión *intelectual* que descansa satisfecha en un credo ortodoxo. Pero Dios “mira el corazón” (1 Samuel 16:7), es decir, ve todo el ser interior incluyendo el entendimiento, los afectos y la voluntad. Porque Dios ve adentro, le debe dar un “corazón nuevo” (Ezequiel 36:26) a su propio pueblo y, de hecho, son *bienaventurados* los que lo reciben porque un *corazón limpio* es aceptable al Dador.

Como se dio a entender anteriormente, creemos que esta sexta bienaventuranza contempla tanto el nuevo corazón que se recibe con la regeneración como la transformación del carácter que sigue a la obra de gracia que Dios hace en el alma. En primer lugar, hay un “lavamiento de la regeneración” (Tito 3:5) por medio del cual entendemos una limpieza de los afectos que ahora, por ende, son puestos en las cosas de arriba en vez de las cosas de abajo. Esto está estrechamente ligado a ese cambio que sigue a la regeneración, en el que todos los creyentes experimentan una “purificación por la fe [de] sus corazones” (Hechos 15:9). Acompañando a esto está la purificación de la conciencia (Hebreos 10:22) que se refiere a que se elimina la carga de la culpa consciente. Esto resulta en darse cuenta en el interior que “justificados...por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1).

Pero la limpieza de corazón que aquí Cristo elogia va más allá de esto. ¿Qué es *limpieza*? Es estar libre de la corrupción y los afectos divididos; es sinceridad, veracidad y firmeza de corazón. Como una cualidad del carácter cristiano, la definiríamos como una *sencillez piadosa*. Es lo contrario de subterfugio y falsedad. El cristianismo

genuino hace a un lado, no solo la malicia, sino también el engaño y la hipocresía. No es suficiente ser limpio en las palabras y en la conducta exterior. Limpieza de deseos, motivos e intenciones es lo que debe caracterizar (y lo hace en general) al hijo de Dios. Aquí, entonces, hay una prueba muy importante para que cada cristiano profesante se la realice. ¿Mis afectos están puestos en las cosas de arriba? ¿Mis motivos son limpios? ¿Por qué me congrego con el pueblo del Señor? ¿Es para ser visto de los hombres o es para encontrarme con el Señor y disfrutar la dulce comunión con él y su pueblo?

“Porque ellos verán a Dios”. Una vez más cabe señalar que las promesas que están unidas a las bienaventuranzas tienen un cumplimiento presente y futuro. Los limpios de corazón poseen discernimiento espiritual y con los ojos de su entendimiento obtienen una visión clara del carácter divino y perciben la excelencia de sus atributos. Cuando el ojo es bueno todo el cuerpo está lleno de luz.

En la verdad, la fe de los cuales limpia el corazón, ellos “verán a Dios”; pero, qué es esa verdad sino una manifestación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Corintios 4:6), ¡una exhibición gloriosa del resplandor combinado de la santidad y de la benignidad divinas!... Y [el que es limpio de corazón] no solo obtiene opiniones claras y satisfactorias del carácter divino, sino que disfruta de la comunión íntima y deliciosa con Dios. Es llevado muy cerca de Dios: la mente de Dios se vuelve su mente; la voluntad de Dios llega a ser su voluntad; y su comunión es verdaderamente con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Los que son limpios de corazón “verán a Dios” de esta manera, incluso en el mundo presente; y en el estado futuro su conocimiento de Dios llegará a ser mucho más amplio y su comunión con él mucho más íntima; pues, aunque comparados con los privilegios de una

dispensación anterior, incluso ahora miramos a cara descubierta la gloria del Señor (2 Corintios 3:18), sin embargo, en relación a los privilegios de una economía superior, ahora vemos por espejo, oscuramente –ahora conocemos en parte, gozamos en parte. Pero lo que es en parte se acabará y lo perfecto vendrá. Veremos cara a cara y conoceremos como fuimos conocidos (1 Corintios 13:9–12); o, para tomar prestadas las palabras del salmista, veremos su rostro en justicia y estaremos satisfechos cuando despertemos a su semejanza (Salmos 17:15). Entonces, y solo entonces, se entenderá todo el significado de estas palabras: los limpios de corazón verán a Dios.

(Dr. John Brown)

LA SÉPTIMA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”

(Mateo 5:9)

De todas, esta séptima bienaventuranza es la más difícil de explicar. La dificultad radica en determinar el significado y el alcance exactos de la palabra *pacificadores*. El Señor Jesús no dice: “Bienaventurados los que aman la paz”, o “Bienaventurados los que guardan la paz”, sino “Bienaventurados los pacificadores”. A primera vista, es evidente que lo que ahora tenemos aquí es algo más excelente que ese amor por la concordia y la armonía, ese odio por la lucha y la confusión que a veces se encuentra en el hombre natural, porque los pacificadores que están aquí a la vista serán llamados *hijos de Dios*. Tres cosas nos deben guiar al buscar la interpretación verdadera: (1) el carácter de aquellos a quienes nuestro Señor les estaba hablando; (2) el lugar que ocupa nuestro texto en la serie de las bienaventuranzas; y (3) su conexión con la bienaventuranza que sigue.

Los judíos, en general, veían a las naciones gentiles con amargo desprecio y odio y esperaban que, bajo el Mesías, habría una serie ininterrumpida de ataques bélicos contra estas naciones hasta que fueran completamente destruidas o sometidas al pueblo escogido de Dios [una idea basada, sin duda, en lo que leían en el libro de Josué acerca de las experiencias de sus antepasados]. En su opinión, los que enfáticamente se merecían el nombre de “dichosos” debían ser empleados bajo el Mesías Príncipe para vengarse de las naciones paganas de todos los males que le habían hecho a Israel. ¡Qué diferente es el espíritu de la nueva economía! ¡De qué manera tan

hermosa está de acuerdo con el himno angélico que conmemora el nacimiento de su Fundador: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”

(Dr. John Brown)

Esta séptima bienaventuranza tiene que ver más con la conducta que con el carácter aunque, forzosamente, primero debe haber un espíritu pacífico antes de que se desplieguen los esfuerzos activos por hacer la paz. Recordemos que en esta primera sección del sermón del monte, el Señor Jesús está definiendo el carácter de los que son súbditos y ciudadanos de su reino. En primer lugar, los describe en términos de las primeras experiencias de aquellos en quienes la obra divina se ha llevado a cabo. Las primeras cuatro bienaventuranzas, como se ha dicho antes, se pueden agrupar para exponer las gracias negativas de sus corazones. Los súbditos de Cristo no son autosuficientes, son conscientemente pobres en espíritu. No están satisfechos de sí mismos, sino que lloran por su estado espiritual. No son prepotentes, sino humildes y mansos. No son farisaicos, sino que tienen hambre y sed de la justicia de Otro. En las siguientes tres bienaventuranzas, el Señor nombra sus gracias positivas. Habiendo probado la misericordia de Dios, son misericordiosos en sus tratos con los demás. Habiendo recibido del Espíritu una naturaleza espiritual, su ojo es bueno para ver la gloria de Dios. Habiendo entrado en la paz que Cristo hizo por medio de la sangre de su cruz, ahora están ansiosos porque él los use en llevar a otros al goce de esa paz.

Lo que nos ayuda a establecer el significado de esta séptima bienaventuranza, quizá entre otras cosas, es la conexión que existe entre ella y la que viene enseguida a continuación. En nuestros capítulos anteriores hemos llamado la atención al hecho de que las bienaventuranzas están obviamente agrupadas en pares. La pobreza en espíritu siempre está acompañada por el llanto, de igual manera la

mansedumbre o la humildad por el hambre y la sed de la justicia de Dios. La misericordia hacia los hombres se une a la limpieza de corazón hacia Dios y los pacificadores están asociados con los que padecen persecución por causa de la justicia. Por lo tanto, los versículos 10–12 nos dan la clave para el versículo 9.

Al abordar la séptima bienaventuranza desde cada uno de estos tres puntos de vista por separado que se mencionaron antes, llegamos a la misma conclusión. En primer lugar, consideremos el marcado contraste entre las tareas que Dios le asignó a su pueblo bajo el pacto antiguo y el nuevo pacto respectivamente. Después de que la ley se dio, a Israel se le ordenó tomar la espada y conquistar la tierra de Canaán, *destruyendo* a los enemigos de Jehová. El Cristo resucitado tiene órdenes diferentes para su iglesia. A lo largo de esta dispensación del evangelio, debemos ir a todas las naciones como heraldos de la cruz, *buscando la reconciliación* de aquellos que por naturaleza están enemistados con nuestro Señor. En segundo lugar, esta gracia de la *pacificación* complementa las seis gracias que se mencionaron en los versículos anteriores. A lo mejor el hecho de que esta sea la *séptima* bienaventuranza indica que la intención de nuestro Señor fue enseñar que este atributo es el que le da la *plenitud* o integridad al carácter cristiano. Debemos concluir con toda certeza que es un tremendo privilegio ser enviados como embajadores de paz. Además, los que se consideran cristianos, y sin embargo no tienen interés en la salvación de los pecadores, se engañan a sí mismos. Poseen un cristianismo defectuoso y no tienen derecho a esperar compartir la bendita herencia de los hijos de Dios. En tercer lugar, existe una conexión definitiva entre este asunto de que seamos *pacificadores* y la persecución a la que se refiere nuestro Señor en los versículos 10–12. Al mencionar estos dos aspectos del carácter y la experiencia cristianos, uno al lado del otro en su discurso, Cristo está

enseñando que la oposición que sus discípulos encontraron en el camino del deber es el resultado de su fidelidad en el servicio al que han sido llamados. Por lo que podemos estar seguros de que la *pacificación* de nuestro texto se refiere principalmente a que seamos instrumentos en las manos de Dios con el propósito de reconciliar con él a los que se encuentran activamente comprometidos en una guerra en su contra (cf. Juan 15:17–27).

Nos hemos detenido un poco sobre las razones que nos han llevado a concluir que los *pacificadores* a los que se refiere nuestro texto son los que les ruegan a los pecadores que se reconcilien con Dios (2 Corintios 5:20), porque la mayoría de los comentaristas no son lo suficientemente buenos en sus exposiciones. Ven en esta bienaventuranza nada más que una bendición que Cristo pronunció sobre los que se esfuerzan por promover la unidad, curar las rupturas en las relaciones y restaurar a los que se han alejado. Mientras que estamos completamente de acuerdo que esto es un ejercicio muy bendecido y que el cristiano es, en virtud de que Cristo mora en él, un amante de la paz y la concordia, no creemos, sin embargo, que esto sea lo que nuestro Señor tuvo en mente aquí.

El creyente en Cristo sabe que no hay paz para los impíos. Por lo tanto, ardientemente desea que vuelvan a la amistad con Dios y tengan paz (Job 22:21). Los creyentes saben que la paz con Dios es solo *por medio de nuestro Señor Jesucristo* (Colosenses 1:19, 20). Por esta razón les hablamos de él a nuestros prójimos cuando el Espíritu Santo nos guía a hacerlo. Nuestros pies están “calzados con el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15); por lo tanto estamos equipados para testificarles a otros de la gracia de Dios. Se dijo de nosotros, “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:15). Todos ellos son pronunciados *bienaventurados* por nuestro Señor. No pueden ser sino

bienaventurados. Junto al gozo de la paz en nuestras propias almas debe estar nuestro deleite en ser parte del proceso para que otros también (por la gracia de Dios) entren en esta paz. En su aplicación más amplia, esta palabra de Cristo también se puede referir a ese espíritu en sus seguidores que se deleita en hacer o decir algo para que la gente deje de discutir y se calme, que tiene como objetivo corregir errores, que busca restaurar las relaciones amables lidiando y quitando las dificultades, y neutralizando y silenciando los resentimientos.

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”. La palabra *llamados* aquí parece que quiere decir “reconocidos como”. Dios los va a *reconocer* como sus propios hijos.

Él es “el Dios de paz” (Hebreos 13:20a). Su gran objetivo, en el maravilloso proyecto de la redención, es el de “reunir todas las cosas en Cristo” ya sean las cosas que están “en los cielos” como las que están “en la tierra” (Efesios 1:10). Y todos los que, bajo la influencia de la verdad cristiana, son pacificadores muestran que están alentados con el mismo principio de acción de Dios y como “hijos obedientes” (1 Pedro 1:14) están cooperando con él en su diseño benevolente.

(Dr. John Brown)

El mundo los puede despreciar por fanáticos, los profesores de religión los pueden ver como sectarios de mente estrecha y sus familiares los pueden ver como tontos. Pero el gran Dios los reconoce como sus hijos, incluso el día de hoy, distinguiéndolos con señales de su relación peculiar y haciendo que su espíritu dentro de ellos les testifique que son hijos de Dios. Pero en el día que vendrá, públicamente reconocerá su relación con ellos en la presencia del universo congregado. Por muy humilde que sea su situación actual en la vida, por muy despreciados y malentendidos que sean por sus semejantes, ellos todavía “resplandecerán como el sol en el reino de

su Padre” (Mateo 13:43). Entonces se revelará la gloriosa y muy deseada “*manifestación* de los hijos de Dios” (Romanos 8:19).

LA OCTAVA BIENAVENTURANZA

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

(Mateo 5:10–12)

La vida cristiana está llena de extrañas paradojas que son bastante incomprensibles para la razón humana, pero que la mente espiritual entiende fácilmente. Los santos de Dios se regocijan con gozo inefable, sin embargo también lloran con un lamento que para los mundanos es completamente desconocido. El creyente en Cristo ha sido puesto en contacto con una fuente de satisfacción vital que es capaz de satisfacer todos los anhelos y, sin embargo, ardientemente desea con un anhelo parecido al de un corazón sediento (Salmos 42:1). Canta y alaba al Señor en su corazón, sin embargo gime profundamente todos los días. Su experiencia muchas veces es dolorosa y desconcertante, sin embargo no se desprendería de ella ni por todo el oro del mundo. Estas enigmáticas paradojas están entre las evidencias que posee en cuanto a que efectivamente es un bienaventurado de Dios. Tales son los pensamientos que evoca nuestro presente texto. ¿Quién, por un mero razonamiento, alguna vez llegaría a la conclusión de que los agraviados, los perseguidos, los difamados son *bienaventurados*?

Una prueba firme de la depravación del hombre es que las maldiciones de los hombres y las bendiciones de Cristo pueden estar en las mismas personas. ¿Quién hubiera pensado que un hombre podía ser perseguido y vituperado y que se dijera de él toda clase de mal por

causa de la justicia? ¿Y los hombres malvados realmente odian la justicia y aman a los que los defraudan y agravian a sus semejantes? No; no les disgusta la justicia en lo que respecta a *ellos mismos*; solo esa clase de justicia, con respecto a *Dios* y a la religión, es lo que enardece su odio. Si los cristianos estuvieran contentos con hacer justicia y amar misericordia, y dejaran de caminar humildemente con Dios (Miqueas 6:8), podrían ir por el mundo no solo con paz sino con el aplauso; pero el que *viva piadosamente* en Cristo Jesús padecerá persecución (2 Timoteo 3:12). Esa vida reprueba la impiedad de los hombres y provoca su resentimiento.

(Andrew Fuller)

Los versículos 10–12 claramente van juntos y forman la octava y última bienaventuranza de esta serie. Pronuncia una bendición doble sobre una doble línea de conducta. Esto a la vez sugiere que se debe ver de una forma doble. Lo que tenemos en el versículo 10 se debe considerar como un *apéndice* de toda la serie que describe la experiencia con la que, con toda seguridad, se encontrarán aquellos cuyo carácter Cristo ha descrito en los versículos anteriores. La mente carnal es enemistad contra Dios (Romanos 8:7) y sus hijos, entre más se conformen a su imagen, más van a acarrear sobre ellos el resentimiento de los enemigos de Dios. Ser “perseguido por causa de la justicia” quiere decir sufrir oposición por una vida justa. Los que llevan a cabo su deber cristiano condenan a los que viven para complacer al yo y, por lo tanto, provocan su odio. Esta persecución adopta varias formas, desde molestia y burlas hasta opresión y tormento.

Los versículos 10–12 contienen un mensaje adicional a la séptima bienaventuranza. Lo que despierta la ira de Satanás y enciende más a sus hijos son los esfuerzos que los cristianos hacen por ser pacificadores. El Señor aquí nos prepara para esperar que la lealtad

hacia él y su evangelio resulten en que nuestra propia paz sea perturbada y nos introduce en la perspectiva de la lucha y la guerra. Encontramos prueba de esto en las palabras: “Porque *así* persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”. El *servicio a Dios* es lo que hace que surja la oposición más feroz. Esto es necesario porque estamos viviendo en un mundo que es hostil a Cristo, como su cruz lo ha demostrado una vez y para siempre.

En el versículo 11, nuestro Señor menciona tres clases de sufrimiento que sus discípulos deben esperar soportar en el cumplimiento del deber. El primero es la *injuria*, es decir, el abuso verbal o el vituperio. El segundo es la *persecución*. Esta palabra es una traducción correcta de una palabra griega que quiere decir “perseguir”, que en este caso significa “acosar, afligir u ofender” (ya sea física o verbalmente). Puede incluir la clase de *manipulación* o *acoso* a los que Saulo de Tarso sometía a la Iglesia antes de que Cristo lo llamara (Hechos 8, 9). Cristo establece el tercer tipo de sufrimiento como sigue: “Bienaventurados sois cuando... *digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo...*”. Así describe la difamación del carácter a la que sus santos deben ser sometidos. Esta última es doblemente dolorosa para los temperamentos sensibles, ya que encuentra su materialización en las calumnias sin número que el diablo nunca se cansa de inventar con el fin de intensificar los sufrimientos de los hijos de Dios. Las palabras “perseguidos por causa de la justicia” y “por mi causa” nos alertan para que veamos que luchan contra nosotros y nos odian *solamente* porque somos seguidores del Señor Jesús y no por causa de nuestra propia mala conducta o comportamiento imprudente (véase 1 Pedro 2:19–24).

La persecución siempre ha sido el destino del pueblo de Dios. Caín mató a Abel. “¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas”. (1 Juan 3:12). A José sus hermanos lo

persiguieron y en Egipto lo echaron en la cárcel por causa de la justicia (Génesis 37, 39). A Moisés lo vituperaron una y otra y otra vez (véanse Éxodo 5:21; 14:11; 16:2; 17:2; etc.). A Samuel lo rechazaron (1 Samuel 8:5). A Elías lo despreciaron (1 Reyes 18:17) y lo persiguieron (1 Reyes 19:2). A Micaías lo aborrecieron (1 Reyes 22:8). A Nehemías lo maltrataron y lo difamaron (Nehemías 4). Al Salvador mismo, el fiel testigo de Dios, lo mató el pueblo al que servía. A Esteban lo apedrearon, a Pedro y Juan los echaron en la cárcel, a Santiago lo decapitaron, mientras que toda la vida cristiana y el ministerio cristiano del apóstol Pablo lo llevaron a una larga serie de persecuciones amargas y despiadadas.

Es cierto que la persecución de los santos el día de hoy tiene una forma mucho más suave que las de otras épocas. Sin embargo, es igual de real. Gracias a la bondad de Dios, durante mucho tiempo hemos sido protegidos de la persecución legal, pero la enemistad de Satanás encuentra otras formas y medios de expresarse. Que los cristianos perseguidos recuerden esta consoladora verdad: “Porque a vosotros os es *concedido* a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que *padezcáis* por él” (Filipenses 1:29). Las palabras de Cristo en Juan 15:19, 20 nunca han sido anuladas:

Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra.

El odio del mundo se manifiesta en escarnio, reproches, calumnias y ostracismo. Que la gracia divina nos permita prestar atención a esta palabra: “Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo *soportáis*, esto ciertamente es aprobado delante de Dios” (1 Pedro 2:20).

El Señor Jesús pronunció aquí *bienaventurados* o dichosos a los que, por su devoción a él, serían llamados a sufrir. Son *bienaventurados* porque se les da el privilegio inefable de tener comunión con los sufrimientos del Salvador (Filipenses 3:10). Son *bienaventurados* porque esa “tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza” (Romanos 5:3–5). Son *bienaventurados* porque serán completamente recompensados en el gran día que vendrá. De hecho aquí hay un profundo consuelo. Que el soldado de la cruz no desmaye cuando los dardos de fuego del maligno sean arrojados contra él. Más bien que se ciña con más firmeza la armadura divinamente proporcionada. Que el hijo de Dios no se desaliente porque sus esfuerzos por complacer a Cristo hacen que algunos, que a sí mismos se llaman cristianos, hablen mal de él. Que el cristiano no se imagine que las feroces pruebas son una evidencia de la desaprobación de Dios.

“Gozaos y alegraos”. Las aflicciones que involucran la fidelidad a Cristo no solo se deben soportar con paciencia, sino que se deben recibir con gozo y alegría. Esto lo debemos hacer por tres razones. (1) Estas aflicciones vienen por causa de Cristo; y ya que él sufrió tanto por nuestra redención, nos debemos gozar mucho cuando somos llamados a sufrir un poco por él. (2) Estas pruebas nos llevan a la comunión con una noble compañía de mártires, porque cumplir las aflicciones nos asocia con los santos profetas y apóstoles. En esa compañía, los reproches se convierten en alabanza y el deshonor se convierte en gloria. (3) A los que sufrimos persecución por causa de Cristo se nos promete una gran recompensa en el cielo. En verdad podemos gozarnos sin importar qué tan feroz pueda ser el conflicto actual. Cuando a propósito hemos escogido sufrir con Cristo, en vez de gozar de los deleites temporales del pecado (Hebreos 11:25),

también reinaremos con él, de acuerdo con su propia promesa segura (Romanos 8:17). Recuerda a Pedro y a Juan que “salieron de la presencia del concilio, *gozosos* de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hechos 5:41). Así también Pablo y Silas, en el calabozo y con la espalda sangrando, “cantaban himnos a Dios” (Hechos 16:25). Se nos dice que otros “el despojo de [sus] bienes sufrieron con gozo”, sabiendo que tenían en ellos “una mejor y perdurable herencia en los cielos” (Hebreos 10:34). Que la gracia divina permita que todos los santos de Dios que son calumniados, incomprensidos y oprimidos saquen de estas preciosas palabras de Cristo el consuelo y la fortaleza que necesitan.

CONCLUSIÓN

LAS BIENAVENTURANZAS Y CRISTO

Nuestras meditaciones sobre las bienaventuranzas no estarían completas a menos que desviarán nuestros pensamientos a la Persona de nuestro bendito Señor. Como nos hemos esforzado por mostrar, describen el carácter y la conducta de un cristiano. Dado que el carácter cristiano se forma en nosotros a través del proceso de la experiencia de ser conformados a la imagen del Hijo de Dios, entonces debemos voltear nuestra mirada a aquel que es el patrón perfecto. En el Señor Jesucristo encontramos las manifestaciones más brillantes y las ejemplificaciones más elevadas de todas las diversas gracias espirituales que se encuentran (como tenues reflejos) en sus seguidores. No una o dos, sino todas estas perfecciones se mostraron en él porque no solo es *codiciable* sino “todo él [es] codiciable” (Cantar de los Cantares 5:16). Que el Espíritu Santo, que está aquí para glorificarlo, tome ahora de las cosas de Cristo y nos las muestre (Juan 16:14, 15). En primer lugar, consideremos las palabras: “Bienaventurados los pobres en espíritu”. Qué maravilloso es ver de qué manera las Escrituras hablan de él, que siendo rico se hizo pobre por amor a nosotros, para que con su pobreza fuéramos enriquecidos (2 Corintios 8:9). En verdad fue grande la pobreza a la que él entró. Nacido de padres que eran pobres en los bienes de este mundo, comenzó su vida terrenal en un pesebre. Durante su juventud y principios de su edad adulta trabajó mucho en un banco de carpintero. Después de que su ministerio público había empezado, dijo que aunque las zorras tuvieran sus guaridas y las aves del cielo sus nidos, el Hijo del Hombre no tenía dónde recostar su cabeza (Lucas 9:58).

Si trazamos las declaraciones mesiánicas registradas en los Salmos por el espíritu de la profecía, encontraremos que una y otra y otra vez él le confesó a Dios su pobreza de espíritu: “Mas a mí, afligido y miserable” (Salmos 69:29); “Inclina, oh Jehová, tu oído, y escúchame, porque estoy afligido y menesteroso” (Salmos 86:1); “Porque yo estoy afligido y necesitado, y mi corazón está herido dentro de mí” (Salmos 109:22).

En segundo lugar, meditemos en las palabras: “Bienaventurados los que lloran”. En realidad, Cristo fue el mayor de los que lloran. La profecía del Antiguo Testamento lo tenía contemplado como un “varón de *dolores*, experimentado en *quebrando*” (Isaías 53:3). Cuando contendía con los fariseos por su observancia servil del sábado, y mientras buscaba enseñarles por medio del precepto y del ejemplo un entendimiento correcto de la santa institución de Dios, estaba “entristecido por la dureza de sus corazones” (Marcos 3:5). Lo vemos *gemir* antes de curar al sordo y mudo (Marcos 7:34). Obsérvalo llorar junto a la tumba de Lázaro (Juan 11:35). Escucha su lamento por la ciudad amada: “¡Jerusalén, Jerusalén...! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos...! (Mateo 23:37). Acércate y con toda reverencia contéplalo en la oscuridad del Getsemaní derramando sus peticiones al Padre con “ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas” (Hebreos 5:7). Inclínate con un temor reverente y con asombro mientras lo escuchas gritando desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34). Escucha su súplica lastimera: “¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido” (Lamentaciones 1:12).

En tercer lugar, contempla la belleza de Cristo en la expresión: “Bienaventurados los mansos”. Una veintena de ejemplos se pueden sacar de los Evangelios para ilustrar la sublime humildad del encarnado Señor de la gloria. Obsérvala en los hombres que escogió

como sus embajadores. No escogió a los sabios, los educados, los grandes o los nobles. Por lo menos cuatro de ellos eran pescadores y uno estaba al servicio del gobierno romano como un despreciable recaudador de impuestos. Sé testigo de su humildad con la compañía que él mantuvo. No buscó a los ricos y renombrados, sino que era “amigo de publicanos y pecadores” (Mateo 11:19). Ve esto en los milagros que hizo. Una y otra vez les exigió a los que había sanado que no les dijeran a los hombres lo que había hecho por ellos. Contempla esto en la discreción de su servicio. A diferencia de los hipócritas, que hacían sonar una trompeta delante de ellos cuando estaban a punto de dar limosna a alguna persona pobre, él no buscó ser el centro de atención sino que rehuía la publicidad y desdeñaba la popularidad. Cuando las multitudes lo querían hacer su ídolo, las evitaba (Marcos 1:45; 7:24). “Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo” (Juan 6:15). Cuando sus hermanos le insistieron diciendo, “Manifiéstate al mundo”, se negó y subió a la fiesta en secreto (Juan 7:2–10). Cuando, en cumplimiento de la profecía, se presentó a Israel como su rey, entró a Jerusalén de la manera más humilde, cabalgando sobre un pollino de asna (Zacarías 9:9; Juan 12:14).

En cuarto lugar, considera la forma en que estas palabras se ejemplifican mejor en Cristo: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. ¡Qué resumen es este de la vida interior del hombre Jesucristo! Antes de la encarnación, el Espíritu Santo anunció: “Y será la justicia cinto de sus lomos” (Isaías 11:5). Cuando Cristo entró a este mundo, dijo: “He aquí que vengo, oh Dios” (Hebreos 10:9). Como un niño de doce años preguntó: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49). Al inicio de su ministerio público declaró: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para

cumplir” (Mateo 5:17). A sus discípulos les declaró: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34). El Espíritu Santo ha dicho de él: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Salmos 45:7). Bien puede ser llamado: “JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jeremías 23:6).

En quinto lugar, observa las palabras: “Bienaventurados los misericordiosos”. En Cristo vemos la misericordia personificada. La misericordia por los pobres pecadores fue lo que hizo que el Hijo de Dios cambiara la gloria del cielo por la vergüenza de la tierra. Fue una misericordia maravillosa e inigualable la que lo llevó a la cruz para ahí ser hecho maldición por su pueblo. Así que, “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:5). Él está ejerciendo, incluso ahora, misericordia a favor de nosotros como nuestro “misericordioso y fiel sumo sacerdote” (Hebreos 2:17). Así que continuamente debemos estar “esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Judas 21), porque mostrará misericordia en el día del juicio a todos los que creen en él (2 Timoteo 1:18).

En sexto lugar, contempla las palabras: “Bienaventurados los de limpio corazón”. Esto, también, Cristo lo ejemplificó perfectamente. Fue el “cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19). Al hacerse hombre no estaba contaminado y no contrajo ninguna de las corrupciones del pecado. Su humanidad fue, y es, perfectamente *santa* (Lucas 1:35). Fue “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Hebreos 7:26). “No hay pecado en él” (1 Juan 3:5). Por lo tanto, “no hizo pecado” (1 Pedro 2:22) y “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21). “Él es puro” (1 Juan 3:3). Porque fue absolutamente puro por naturaleza, sus motivos y sus acciones siempre fueron puros.

Cuando dijo: “No busco mi gloria” (Juan 8:50), resumió toda su carrera terrenal.

En séptimo lugar, medita en las palabras: “Bienaventurados los pacificadores”. Esto es sumamente cierto de nuestro bendito Salvador. Él es el que hizo “la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). Fue designado para ser una *propiciación* (Romanos 3:25), es decir, el que apaciguaría la ira de Dios, satisfaciendo todas las demandas de su ley que había sido quebrantada y glorificando su justicia y santidad. También ha hecho la paz entre judíos y gentiles (Efesios 2:11–18). Incluso ahora Jesucristo está sentado en la majestad sobre el trono de su padre David (Hechos 2:29–36), reinando como el “Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David” (Isaías 9:6, 7). Cuando Cristo regrese para resucitar a los muertos y juzgar al mundo con justicia, entonces librárá de impurezas a esta tierra de pecado destruida por la guerra y quitará todos los efectos de la caída (Romanos 8:19–23). Podemos esperar con confianza este tiempo cuando el Señor Jesucristo restaure la paz en los “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13).

En octavo lugar, piensa en estas palabras: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia”. ¡Nunca nadie fue perseguido como lo fue el Justo, lo que puede verse en la referencia simbólica que se hace de él en Apocalipsis 12:4! Por el espíritu de la profecía declaró: “Yo estoy afligido y menesteroso; desde la juventud he llevado tus terrores” (Salmos 88:15). Al inicio de su ministerio, cuando Jesús estaba enseñando en Nazaret (ciudad donde creció) la reacción de la gente fue: “levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle” (Lucas 4:29). En el recinto del templo, los líderes de los judíos “tomaron entonces piedras para

arrojárselas” (Juan 8:59). Durante todo su ministerio sus enemigos persiguieron sus pisadas. Los líderes religiosos lo acusaron de tener un demonio (Juan 8:48). Los que se sentaban a la puerta hablaban contra él y era la canción de los bebedores (Salmos 69:12). En su juicio le mesaron la barba (Isaías 50:6), le escupieron en el rostro, le dieron puñetazos y lo abofetearon con las palmas de sus manos (Mateo 26:67). Después de que los soldados lo azotaron y le pusieron una corona de espinas, fue llevado al Calvario cargando su propia cruz, y ahí lo crucificaron. Incluso en sus horas de muerte no lo dejaron en paz sino que lo persiguieron con vituperios y burlas. ¡Qué indeciblemente leve es, en comparación, la persecución que estamos llamados a soportar por su causa!

De manera similar, cada una de las *promesas* que se conectan con las bienaventuranzas encuentra su cumplimiento en Cristo. Fue pobre en espíritu y su reino es supremo. Lloró y sin embargo quedará satisfecho cuando vea el fruto de la aflicción de su alma (Isaías 53:11). Fue la mansedumbre personificada, sin embargo ahora está sentado sobre el trono de gloria. Tuvo hambre y sed de justicia, sin embargo ahora está lleno de satisfacción mientras contempla que la justicia por la que trabajó le ha sido imputada a su pueblo. Limpio de corazón ve a Dios como nadie más lo ve (Mateo 11:27). Como el Pacificador, todos los hijos comprados con sangre lo reconocen como el único Hijo de Dios. Como el Perseguido, grande es su recompensa porque se le ha dado un nombre que es sobre todos los demás (Filipenses 2:9–11). Que el Espíritu de Dios nos ocupe más y más en él, que es el más hermoso de los hijos de los hombres (Salmos 45:2).¹

¹ Pink, A. W. (2014). *Las bienaventuranzas*. (C. Canales, Trad., J. Terranova & G. Powell, Eds.). Bellingham, WA: Lexham Press.